Perspectivas teológicas
Barbara Pandolfi

Introducción

- El camino emprendido fue impulsado por la anterior asamblea de la CMIS, con el fin de dar algunos pasos más hacia el futuro. Es también fruto de un diálogo con algunas personas de diversos institutos[1] .
- Casi cien años después del nacimiento de los primeros institutos seculares, ochenta años después de *la «Provida Mater»*, tras el Concilio Vaticano II y las numerosas intervenciones del Magisterio (sínodos, dicasterios…), la reflexión sobre los aspectos teológicos de la secularidad consagrada sigue estimulando nuestra reflexión y, tal vez, podría resultar útil también para un discernimiento concreto por parte de los nuevos institutos. Es importante que quienes viven esta vocación puedan reflexionar y compartir sus puntos de vista, basándose en su experiencia y sensibilidad, en el marco de una teología que surge desde la base.
- Conviene recordar que, aún hoy, el debate sobre los laicos (no solo sobre los laicos consagrados) sigue abierto y no se ha encontrado un lugar claro y consensuado, en la reflexión teológico-eclesiástica, desde el que nosotros, los IS, podamos partir o que podamos simplemente tomar como base para profundizar en nuestro carisma específico.
- Una última precisión: en esta intervención no abordaré los institutos seculares sacerdotales, aunque algunos de los aspectos que trataré sean aplicables también a ellos.

Comencemos con una visión fenomenológica de la situación actual de los IS (aunque sea de forma sucinta), tal y como se desprende en parte del informe del cuestionario elaborado, en particular, por Antonio, el P. Marcel y Chiara.

Surgen algunas preguntas y retos pendientes

1. Ante todo, quiero señalar que los institutos seculares (IS) surgieron de forma plural: a principios del siglo XX, en diversos países y contextos europeos, surgieron formas de vida de personas que deseaban vivir la consagración en el mundo, hasta tal punto que ya entonces se percibía el deseo de un intercambio y de definiciones comunes[2]. Sin embargo, surgieron en un contexto europeo histórico y culturalmente determinado.

Por lo tanto, compartían características u objetivos similares. Hoy en día, la primera cuestión se plantea precisamente a raíz de la diversidad de los IS (no tanto por el hecho de que puedan ser de derecho diocesano o de derecho pontificio). La variedad de las Constituciones actuales no siempre facilita la identificación de líneas teológicas comunes a todas las diversas modalidades de vida concreta adoptadas a lo largo del tiempo por los distintos IS.

Otra situación distinta es la de los institutos mixtos, es decir, aquellos que acogen a hombres y mujeres célibes, sacerdotes, matrimonios, etc., quizá todos con el mismo grado de pertenencia.

Esta gran variedad de situaciones, reconocidas actualmente por la Iglesia, no facilita el trazado de líneas teológicas que sean generales y satisfactorias para todos.

---

[1] Marien, Lourdes R., Luisella M., Valentina S.

[2] Ya en 1938 se organizó en Sangallo, Suiza, un encuentro de las asociaciones de laicos consagrados a Dios para el apostolado en el mundo, con el fin de intentar obtener el reconocimiento de la Santa Sede.

Otro elemento de reflexión es la presencia de institutos seculares en muchos países distintos de Europa, donde esta forma de vida surgió[3]. Los temas de la laicidad, el trabajo, la política, las mujeres… han adquirido diversas connotaciones vinculadas a la historia, la cultura y las tradiciones de contextos diferentes. Para nosotros, los seculares, la inculturación es fundamental, ya que no vivimos desde la perspectiva de una comunidad que tiene un estilo propio, que presenta cierta uniformidad en los horarios de oración, en las formas de vida, en la elección de las estructuras…

Todo esto nos plantea algunas preguntas:

- ¿Cuáles son los elementos esenciales que distinguen a un instituto secular de otras formas de vida consagrada como los institutos religiosos[4])? Es decir, ¿qué es lo específico, lo esencial y lo indispensable para definir a los institutos seculares?
- El discernimiento y la formación exigen itinerarios específicos[5]. Al mismo tiempo, ¿tiene el Instituto, que acoge vocaciones de otros países, el valor y la fuerza para cuestionarse a sí mismo, sin por ello perder la especificidad de su propio carisma?

Surgen, por tanto, nuevas perspectivas teológicas, también a la luz del magisterio del papa Francisco, quien ha instado en repetidas ocasiones a toda la Iglesia a partir de **las periferias**. De hecho, según su enseñanza ya expresada en EG, es necesario reconocer como **lugares teológicos las voces de los distintos continentes** es decir, como lugares que hablan de Dios, que hablan sobre Dios o, mejor aún, como palabra que Dios pronuncia como comunicación/revelación de sí mismo en la historia. Esto nos sugiere que superemos el paradigma aplicativo que, desde la escolástica, se ha prolongado hasta el Concilio Vaticano II, según el cual son los principios dogmáticos los que deben aplicarse a las situaciones pastorales. **El dogma, es decir, la definición teórica, precedía e imponía el mismo esquema a todos.**
Por el contrario, el Papa Francisco recuerda que la teología, al igual que la pastoral, debe «oler a pueblo y a calle». Se trata de una invitación a una investigación teológica sinodal y pionera que sea fruto de una «Iglesia posclerical y poscolonial»[6].
¿Es posible escuchar y tomarse más en serio las voces de todas las iglesias locales?

¿Qué modelo de Iglesia?
Elio Castellucci afirma: «No es posible responder a la pregunta "¿quién es el laico?" (y, por tanto, tampoco el laico consagrado) sin responder primero a la pregunta "¿quién es la Iglesia?"»[7] . *Por*

[3] Países que no han vivido las mismas etapas que Europa —por ejemplo, el anticlericalismo o el ateísmo—, pero que se han visto afectados por otras situaciones, como el legado del colonialismo, las extremas desigualdades económicas provocadas por grandes injusticias, la explotación indiscriminada del territorio o el diálogo con grandes y arraigadas tradiciones religiosas…
Nos encontramos, por tanto, ante nuevas preguntas y retos que se plantean también a la teología de los IISS y a la formación que ofrecemos.

[4] Tengamos presente que, en el contexto actual, la vida religiosa pone de manifiesto diversas formas de cambio y renovación, de modo que algunas de esas «características externas» que, con el tiempo, han marcado la diferencia entre la vida religiosa y la consagración secular, resultan hoy menos definidas o evidentes.

[5] Véase: J. J. TAMAYO, *Teologie del sud. La decolonizzazione come nuevo paradigma*, Queriniana, Brescia 2024.

[6] Véase un artículo publicado *en *L'Osservatore Romano**, firmado por Christian Bauer, el 3 de abril de 2026, como presentación del libro de Sergio MASSIRONI, **Per una topología della gioia. Dove il Concilio Vaticano II è in azione**, Castelvecchi, Roma 2025. ¿Acaso, en la reflexión teológica llevada a cabo por los institutos seculares, seguimos siendo en exceso herederos del debate sobre la laicidad que precedió al Concilio Vaticano II y condujo a él (y que tampoco ha desaparecido de la reflexión teológica posconciliar, pasando por el Sínodo de 1987), y desde una perspectiva demasiado eurocéntrica?

[7] E. CASTELLUCCI, *«Il punto sulla teologia del laicato oggi: prospettive»*, en *Orientamenti Pastorali* 51 (2003), n.º 6/7, pp. 42-84, aquí p. 42.

ello, aunque sea brevemente, tampoco nosotros podemos evitar abordarla.

En las últimas décadas, la eclesiología ha destacado que la secularidad es una dimensión, no solo de los laicos, sino de toda la Iglesia. La secularidad, entendida como inmersión en el «siglo» (el mundo, la historia, la vida), es una dimensión fundamental y constitutiva de la Iglesia y de su misión, ya que expresa cómo ésta está intrínsecamente marcada por la historia[8].

Por lo tanto, en una Iglesia totalmente «secular», la identidad del fiel laico refleja la naturaleza elíptica de la propia Iglesia. De hecho, esta identidad solo puede definirse siempre a partir de la consideración de dos ejes: la relación con Cristo y su misión, y la relación con el mundo, en el que está inmersa y al que es enviada continuamente.

Esta observación es primordial, ya que permite evitar el riesgo, que históricamente ha dado lugar a graves malentendidos, de concebir a la Iglesia como una realidad aislada, definible a priori como si estuviera constituida en sí misma antes de cualquier relación con «lo otro»[9].

El sujeto eclesial, por el contrario, está estructuralmente entrelazado con los acontecimientos históricos y resulta imposible definir quién es la Iglesia de manera abstracta, sin tener en cuenta su relación constitutiva con el mundo (secularidad)[10] .

Como afirma Vergottini, «el Concilio Vaticano II recomienda superar el modelo eclesiológico dualista (dentro/fuera), ya que, así como no existe una Iglesia opuesta al mundo, tampoco existe una Iglesia frente al mundo. La Iglesia vive su misterio dentro de la historia, por lo que toda vocación cristiana es necesariamente eclesial y, al mismo tiempo, histórica»[11].

Somos, por tanto, todos discípulos en camino hacia la plenitud del Reino, que no huimos de la historia, ya que esta historia y nuestras propias vidas son ya el comienzo y parte del Reino que esperamos en su plenitud.

Entre los distintos modelos posibles de Iglesia, me parece que la teología de los institutos seculares se ve impulsada a privilegiar la visión de *la *Gaudium et Spes**, en la que se destaca la **misión **in mundo**** , más que la *de la *Apostolica actuositatem** sobre el apostolado de los laicos (que, por otra parte, nunca hace mención alguna a los institutos seculares, ¿quizás por no considerar suficientemente laicos a sus miembros?), ni la de *la *Lumen Gentium**, que, si bien contiene la definición clásica de laico, también pone de relieve acepciones que ya fueron objeto de debate en el período inmediatamente posterior al Concilio.

De hecho, el estilo de la GS es más acorde con los Institutos Seculares (o en el que nos reflejamos más), porque exige ser conscientes de que no participamos en una misión de «conquista», como si fuéramos los poseedores absolutos de la verdad (que, de hecho, no poseemos, ya que es el Espíritu quien nos guía hacia la verdad plena. Somos sus servidores y nos reconocemos como discípulos frágiles y pecadores, buscadores y peregrinos que nunca han llegado a la meta). Somos «aprendices de la vida», artesanos que **necesitan a los demás y al mundo** para captar mejor la presencia de Dios, que ya actúa, y del Espíritu que nos precede, tal y como ocurrió en los inicios de la Iglesia y se atestigua en los Hechos de los Apóstoles.

---

[8] También puede consultarse A. SCOLA, *«La teología del laicato allá luce dell'ecclesiologia di comunione: l'identitù del fedele laico»*, en PONTIFICIO CONSEJO PARA LOS LAICOS, *«Veinte años de Christifideles laici: memoria, desarrollo, nuevos retos y tareas»*, Roma, 13-15 de noviembre de 2008, en http://www.laici.va/content/dam/laici/documenti/ap/2008-christi-fideles-laici/relazioni/teologia-laicato-alla-luce-dell-ecclesiologia-comunione.pdf

[9] L. HELL, *«Cattolicesimo»*, en J.Y. LACOSTE, *Dizionario Critico di Teologia* (edición italiana a cargo de P. CODA), Borla-Città Nuova, Roma, 2005, pp. 286-288.

[10] Véase: PONTIFICIUM CONSILIUM PRO LAICIS, *«Christifideles laici. Balance y perspectivas»*, Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 2010, 33-34.

[11] M. VERGOTTINI, *«I cristiani laici, o meglio, la laicità della Chiesa»*, en **Credere Oggi** 25 (2005), n.º 150, pp. 75-94, aquí p. 76.

Escribía Pablo VI en **Evangelii nuntiandi** [12] : «Los laicos, a quienes su vocación específica sitúa en medio del mundo y al frente de las más diversas tareas temporales, deben ejercer con ello mismo una forma singular de evangelización […]. Su tarea consiste en poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas ocultas, pero ya presentes y operantes en las realidades del mundo» [13] .

Demos un paso más

¿Secularidad consagrada… laicos consagrados… o… laicidad consagrada [14] ?

Las palabras son importantes para definirnos.

* *De dónde venimos... Una mirada al pasado con la vista puesta en el futuro.*

Una de las novedades más relevantes del Concilio Vaticano II es el capítulo V de *la Lumen Gentium* (en concreto, el n.º 40), que muchos autores consideran uno de los temas centrales del Concilio Vaticano II.

De hecho, cuando el Concilio afirma la vocación universal a la santidad, pone de manifiesto que la condición laica no es en absoluto «secundaria, peor o menor» con respecto a la condición religiosa. Hay una santidad igual en esencia (no en las formas) para todos y todas, y es una **vocación obligatoria** para todos y todas, ya que la santidad es la plenitud de una vida totalmente evangélica y, por lo tanto, no viene determinada por un estado de vida concreto (que en el pasado se denominaba «estado de perfección»).

*Sin embargo, nosotros, muchos de nosotros, somos herederos de una historia diferente, anterior al Concilio.

Antes del Concilio, el deseo de atreverse a una consagración en el mundo, defendida con ahínco por los primeros fundadores de los IS, ponía de relieve dos aspectos que para ellos eran inseparables: la secularidad y la consagración. Se pedía a la Iglesia que también este estado de vida fuera reconocido como «estado de perfección».

Casi parecía como si la radicalidad de la asunción de la laicidad por sí sola no pudiera ser una «condición de perfección», sino que «necesitara» la consagración, la profesión de los consejos evangélicos en su triple forma codificada (con una fuerte referencia, aunque indirecta, a la de los monjes y, posteriormente, a la de los religiosos).

- Sin correr el riesgo de caer en una dicotomía (ambos aspectos son, obviamente, inseparables [15]), podemos preguntarnos qué es lo que expresa la centralidad en nuestra forma de vida: ¿la laicidad-secularidad o la consagración?
- Si en el centro se halla la laicidad-secularidad vivida en su radicalidad cristiana, en una vida totalmente entregada a esta misión al estilo de Cristo y de María, ¿qué consecuencias conlleva?
- ¿Podemos intentar utilizar hoy un lenguaje diferente?

El monacato llevó a cabo una radicalización, sin duda impulsada por el Espíritu y rica en gracia para toda la Iglesia, pero por la que corremos el riesgo de seguir estando condicionados.

[12] En lo que respecta a los institutos seculares, resulta interesante observar que Pablo VI nunca menciona LG ni AA, sino que siempre cita y remite precisamente a GS.

[13] PABLO VI, **Evangelii nuntiandi**, n.º 70. El documento se publicó el 8 de diciembre de 1975.

[14] Soy consciente de que, dependiendo de los términos utilizados, se podría correr el «riesgo» de excluir a los IISS sacerdotales.

[15] Pablo VI hablaba de mantener unidos estos elementos con una imagen sugerente: la de los alpinistas.

De hecho, la radicalización monástica, ante un cristianismo que se había visto empañado por la infiltración de diversos elementos filosóficos y políticos, contribuyó a presentar la materia, el mundo y el cuerpo como algo negativo y malo, una idea alejada de la visión bíblica y del concepto de encarnación, que aún persiste hoy en día.
Por el contrario, para Jesús no existía un mundo «sagrado» y un mundo «profano»; Cristo supera siempre la lógica de lo puro y lo impuro, típica de su época.
En este contexto, el laico quedó de hecho confinado «en el mundo profano» y se le consideró «profano», es decir, comprometido con un mundo visto de forma negativa, cada vez más objeto pasivo de los cuidados y la enseñanza del clero, que poseía la capacidad de enseñar y «mandar»[16] .
El riesgo era que los cristianos atenuaran su sentido de la responsabilidad hacia las estructuras y los ordenamientos del mundo, hacia la vida terrenal y la corporeidad y que el mensaje evangélico **se redujera a la búsqueda individual de la perfección**.

Sin embargo, la comunidad primitiva de los discípulos de Jesús, que sin duda poseía un fuerte impulso apostólico-misionero y una auténtica radicalidad de vida que los llevaba incluso al martirio, no intentaba «retirarse» del mundo, ni siquiera en medio de las persecuciones.
Esta idea también se trasladó a la vida religiosa, aunque con connotaciones diferentes.

- El surgimiento de las órdenes mendicantes y de las distintas terceras órdenes supuso un intento interesante de un primer redescubrimiento de la vida en el mundo, pero corrió el riesgo de convertirse casi en una «monacización» del mundo de los laicos, una opción interesante que, sin embargo, ocultaba algunos riesgos.
- Hemos caído y corremos el riesgo de volver a caer en la falta de una **espiritualidad de la encarnación.** Esta carencia puede llevar a pensar casi en una ausencia de Dios en el mundo, sobre todo en el mundo moderno (donde precisamente debía ser devuelto). Esto conlleva el riesgo de tener una religión sin mundo y, por tanto, la idea de un mundo sin Dios.

Mientras los laicos piensen que pueden alcanzar la santidad imitando a los religiosos, la Iglesia se empobrecerá en su misión.

Hoy en día consideramos fundamental que la secularidad/laicidad dé forma a la consagración, y este es un reto que puede indicar la madurez del camino de los IS, ya que capta y pone de relieve la especificidad de su consagración. Ya no se trata de los votos vividos casi como en la vida religiosa, que corremos el riesgo de seguir conservando como «modelo», cayendo así en una peligrosa dicotomía entre consagración y laicidad.
Podemos afirmar, en cambio, con Madeleine Delbrel que «nosotros, gente de la calle, creemos que no nos falta nada de lo necesario. Porque si nos faltara lo necesario, Dios ya nos lo habría dado».

De ello se deriva una importante perspectiva teológica.
Es cierto que el mundo es el campo en el que conviven el trigo y la cizaña, pero esto no impide la cosecha final. Precisamente de esto se desprende que el Reino de Dios, que es justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo (Rom 14, 17), ya ha sido sembrado en el mundo, entre nosotros, y se va construyendo también a través de todos nuestros gestos de entrega, de amor y de vida, que lo

[16] La concepción formulada por Graziano sobre los *«duo genera christianorum»* se sustentaba en la idea de que la vida de los cristianos laicos era una concesión hecha a la debilidad humana, una especie de compromiso. La valorización del mundo celestial sustituía al compromiso con el mundo terrenal. Desde esta perspectiva, tampoco la vida clerical se valoraba siempre en su realidad específica.

hacen crecer y avanzar hacia su plenitud[17]. Ya desde ahora vivimos el tiempo escatológico y construimos el Reino.

Los laicos y los laicos consagrados son hombres y mujeres para quienes las cosas existen, para quienes su verdad no queda como que absorbida y abolida por una realidad superior, sino que se trata de referir al Absoluto los elementos de este mundo, cuya figura pasa no porque desaparezca, sino porque se transforma en cielos nuevos y tierra nueva, que no son algo totalmente distinto de este mundo, de nuestra historia, a nuestras relaciones. Ya estamos construyendo la eternidad desde ahora mismo… Este es el sentido de la resurrección de los cuerpos, de las llagas del Resucitado.

Por lo tanto, como **laicos consagrados** —es decir, personas que han asumido y tomado en serio toda la realidad del mundo y de la historia porque arden en el deseo de lo Absoluto—, es necesario buscar esas chispas de amor, de justicia, de perdón y de verdad que Dios ha sembrado en esta tierra, en el corazón de los hombres (sean o no conscientes de ello), y reconocerlas como la **esencia misma** de nuestra vocación (y consagración).
De este modo, nosotros (y los demás laicos) podemos garantizar una atención permanente a la apertura de la Iglesia hacia el exterior, a su arraigo en las culturas y al devenir de la historia.

Nacidos para la misión
Si el Concilio afirmó que la Iglesia es totalmente misionera —de hecho, o es misionera o no lo es (AG 2; 35)—, y si el papa Francisco ha situado en el centro de su encíclica **Evangelii Gaudium** una Iglesia en salida, podemos decir que los institutos seculares lo comprendieron antes y nacieron precisamente al intuir este dato fundamental. Y lo intuyeron no desde la perspectiva «clásica» de ir a tierras lejanas, *ad gentes*, sino para vivirlo en aquella realidad que, a pesar de ser cristiana, se había «alejado de Dios» o, mejor dicho, había reducido a Dios a un asunto privado.
En la actualidad son numerosas las reflexiones sobre este tema en Occidente (conscientes de que Occidente ya no parece ser el centro del mundo ni siquiera para el cristianismo, casi como si se tratara de un mundo anestesiado).
Recuerdo tan solo a Henri de Lubac, quien subrayaba cómo nuestra época ha perdido tristemente «el gusto por Dios »[18] ; o, en el ámbito evangélico, el alemán Paul Tillich se preguntaba si «el mensaje cristiano (especialmente la predicación cristiana) sigue siendo relevante para las personas de nuestro tiempo. Y, en caso negativo, ¿cuál es la causa? ¿Y se refleja esto en el mensaje del cristianismo mismo?»[19].
Puesto que la crisis ya no parece afectar únicamente a algunos aspectos de la vida cristiana o a la práctica religiosa, sino que se ha convertido en una «crisis de Dios» (Metz).
Sin embargo, como afirma Tomáš Halík, algunas de las personas que se han alejado de las vías tradicionales de la fe y de sus formas institucionales, han seguido buscando espiritualidad. Por ello, afirma, «la respuesta a la pregunta de quién es “creyente” y quién es “no creyente” es mucho más compleja de lo que podría parecer a primera vista»[20] .

---

[17] «Quien de esta forma sirve a Cristo, agrada a Dios y también es bien visto por los hombres. Busquemos, pues, lo que contribuye a la paz y nos hace crecer juntos» (Rom 14, 18-19).
[18] H. DE LUBAC, *Sulle vie di Dio*, Jaca Book, Milán 2008, p. 87.
[19] P. TILLICH, *L'irrilevanza del messaggio cristiano per l'umanit´di oggi,* Queriniana, Brescia 2021, p. 31.
Cf. F. Cosentino, *Dio ai confini. La rivelazione di Dio nel tempo dell'irrelevanza cristiana*, San Paolo, Cinisello Balsamo (MI) 2023.
[20] T. HALÍK*, Il sogno di un nuevo mattino. Lettere al Papa*, Vita e Pensiero, Milán 2024, pp. 11-13.

Lo específico del laico consagrado es, por tanto, ante todo, su forma de vivir como discípulo misionero.
Su estilo no es el de la «predicación» casi desde fuera, casi desde una cátedra, sino que su estilo, su elección vocacional, consiste en estar y permanecer en las condiciones ordinarias de la vida, para compartir con todos el esfuerzo, la precariedad, la alegría, los riesgos, etc., sin huir a un mundo privado, sin retirarse a su *zona de* confort. Aquí podemos decir que es **testigo del sentido, de la alegría, de la plenitud de la vida.**
Un hombre o una mujer competente en su trabajo (sea cual sea), apasionado por la vida en el mundo, por los acontecimientos históricos… nada le es ajeno, sino que todo lo asume como su realidad teológica. No soporta ni sufre todo esto, sino que asume responsabilidades y compromisos sociales y políticos, lucha contra las injusticias, construye una convivencia pacífica, y se compromete con el bien común… **sabiendo que está construyendo el Reino**. ¡Por eso dedica y consagra toda su vida! Por eso vive en la fe, sediento de lo Absoluto… por eso no se sacia sino de Dios, a quien busca y encuentra en el mundo.

Nuestra vida, que por vocación está «en el mundo», nos impulsa a modificar, ampliar y, en ocasiones, perturbar nuestra conciencia y nuestras ideas, como cristianos.
Reconocemos que nuestra vida está marcada por una continua tensión entre la teoría y la práctica, entre afirmaciones consolidadas y nuevos retos y preguntas. Es una na vida que acepta conscientemente la fragilidad, tal vez incluso la aparente insignificancia y pequeñez, la inseguridad de quien se atreve a recorrer caminos inéditos, a veces en solitario.
Por ejemplo, experimentamos de manera concreta cómo el hecho de relacionarnos con personas que atraviesan situaciones difíciles nos lleva a leer el Evangelio con nuevos ojos y nos plantea retos inéditos. Palabras como el mal, el pecado, la misericordia, la libertad y la gracia se cargan de nuevos significados y preguntas.

Me refiero deliberadamente a los Hechos de los Apóstoles, al camino de la Iglesia primitiva… No es lo mismo acompañar a un eunuco en el camino de Gaza, como le sucedió a Felipe (los eunucos eran marginados, malditos, personas sin hijos y, por tanto, ya muertas), que hablar en la plaza de Atenas enfrentándose a la filosofía griega… o tomar la decisión de elegir a siete hombres para el servicio de los pobres y de las viudas… Nuevos retos que plantea el anuncio del Evangelio, tanto ayer como hoy, decisiones que hay que tomar como individuos, pero también como Iglesia.
De hecho, aunque el Evangelio es siempre el mismo, cambia la forma de anunciarlo, pues somos conscientes de que el Espíritu conduce a la Iglesia progresivamente hacia la verdad plena.
Y nosotros estamos ahí para escuchar, pero también para experimentar las mismas dificultades, los mismos miedos, las mismas dudas… para creer que, con el Concilio Vaticano II, la pastoral ya no es una mera estrategia organizativa o social, sino que se convierte en **una aplicación de la doctrina teológica que, a su vez, debe aprender de la pastoral**. Se trata de una relación dialéctica[21] .

La contradicción y la complejidad son la esencia misma de la secularidad, que ofrece compañía más que soluciones, solidaridad más que predicación, invocación más que decisión, porque la propia escatología, de la que es signo nuestra consagración, es plenitud de comunión para todos los pueblos (*Buffon*).

Lo que distingue al cristianismo y de lo que los Institutos Seculares están llamados a dar testimonio, debería ser esa levadura en la masa de la que habla Mateo (13,33), que **dota a los**

[21] Véase MASSIRONI, *«Per una tipología della gioia»,* op. cit.

proyectos humanos de la amplitud del Reino que crece misteriosamente, un Reino que viene, que madura lentamente como la semilla.
A diferencia de otras formas de vida consagrada, la de los IS prevé que sus miembros actúen con **responsabilidad personal**. Por tanto, se requiere discernimiento, madurez, competencia, honestidad consigo mismo, etc.
La radicalidad evangélica supone liberarse de todas las posesiones y los poderes que podrían condicionar nuestra acción, y permite actuar con responsabilidad personal, atreviéndose incluso a tomar decisiones transgresoras que vayan más allá de lo ya definido y codificado («hay que obedecer a Dios antes que a los hombres»).
Requiere valor… **Vivir sin red de seguridad,** y para ello debemos formarnos.

Somos conscientes de ello, tal y como escribe Sergio Massironi: «La teología contemporánea se ve, por tanto, impulsada también por las indicaciones del Magisterio (aquí se toca realmente la inspiración del Espíritu) a enfrentarse a ese "saber" que no se halla en los centros, ya catalogado en las bibliotecas más autorizadas, sino en los márgenes. Es el centro el que se desplaza. Sin embargo, es necesario, y éste es el reto sinodal, que dista mucho de haberse superado, convocar al interlocutor y darle la palabra.
«Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez los gozos, las tristezas y las angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón» (GS 1).
Se trata del deseo de romper con toda tentación de separarnos de lo que es común, de superar la convicción recurrente e inquebrantable de que somos los depositarios de un saber que se manifiesta más en doctrinas que en acontecimientos y que **debe separarse y protegerse del devenir cambiante de los acontecimientos históricos**.
Optar por la primacía de la realidad frente a la idea, tal y como ha propuesto el papa Francisco, significa mantenerse en el horizonte de la encarnación, cuyas consecuencias teológicas, antropológicas y pastorales han marcado el debate cristiano desde sus orígenes.
«No existe una verdad de Dios separada del tiempo y del espacio, una verdad que desprecie los lugares humanos y todo vínculo con las realidades corporales, alejando al creyente de la implicación en el drama de los acontecimientos humanos»[22] .
La Gaudium et Spes puede considerarse, por tanto, la «segunda Constitución sobre la revelación divina» del Concilio, tras la *Dei* Verbum, **ya que Dios habla en la Escritura y en la historia;** porque existe un vínculo **entre los lugares y la revelación**, **para escuchar la voz de Dios** que habla a la Iglesia. Este es el camino de la sinodalidad.

Palabra y acontecimientos
Jesús «decía además a las multitudes: "Cuando veis una nube que se levanta por el poniente, inmediatamente decís: «Va a llover», y así sucede. Y cuando sopla el viento sur, decís: «Hará calor», y así sucede. ¡Gente superficial! Sabéis interpretar el aspecto de la tierra y del cielo, ¿y cómo es que no sabéis interpretar el tiempo presente?"». Lucas 12,54-56
«Se trata, pues, de que sepamos interpretar las situaciones concretas que se presentan como "lugares teológicos" desde los que el Resucitado mismo toma la palabra».
Si **la realidad es superior a la idea** (como nos recuerda el papa Francisco), es decir, las situaciones concretas, las personas y los hechos vividos deben primar sobre los conceptos abstractos y las teorías, evitando que la idea se separe de la vida real y se convierta en.

[22] MASSIRONI, *«Per una topología della gioia»,* op. cit., 63-65.

Esta teología **que busca**[23], que aún no lo sabe todo sobre la revelación de Dios y, por lo tanto, debe seguir descubriéndola continuamente, es la fuente de nuestra espiritualidad.
Creer que existe un *sensus fidei* que habita en las periferias, que vive en el pueblo de Dios.

Es en esta complejidad donde podemos reconocer el Espíritu de Dios, como dice la Primera Carta de Juan: «Todo espíritu que confiesa a **Jesucristo venido en carne** es de Dios» (1 Jn 4,2). Esta debería ser la espiritualidad de quienes vivimos la consagración secular: estar presentes de manera consciente en la vida cotidiana (la vida del trabajo, de las relaciones, de los acontecimientos del día a día); de hecho, esto hace madurar la fe, a veces la pone a prueba, pero, en cualquier caso, la hace más madura.

No es fácil vivir así… es un camino propio de alpinistas del Espíritu, como decía Pablo VI.
Por eso es necesaria una vida espiritual sólida.
Si queremos ser hombres y mujeres de fe, vivamos nuestra vida como lo hizo Jesús. Cristo vivió la vida común de los hombres de su tiempo para santificar la vida ordinaria de los hombres de todos los tiempos. Al sumergirnos en la realidad, nos sumergimos también en Dios y en su sabiduría, que nos rodea por todas partes. Vivir una vida profunda, una fe profunda, sencilla, sincera, animada por una esperanza que hace posible el contacto con Dios y por un amor que desea, por encima de todo lo demás, cumplir su voluntad.
Es una gran gracia que el Señor nos reserva a los laicos consagrados, un tesoro que enriquece nuestras vidas.

Nuestra vida se forja en función del fin para el que vivimos: «Donde está tu tesoro, allí está tu corazón» (Mt 6). Nadie puede servir a dos señores… Si deseamos tener una vida espiritual, es necesario unificar nuestra vida. Puesto que no siempre vemos estos brotes, necesitamos una certeza interior, es decir, la convicción de que Dios puede actuar en cualquier circunstancia, incluso en medio de aparentes fracasos. Esta certeza es lo que se denomina «sentido del misterio». Es saber con certeza que quien se ofrece y se entrega a Dios por amor, sin duda será fecundo (cf. Jn 15,5; *Evangelii Gaudium* 278-279).
Por lo tanto, nuestra oración no puede sino brotar de los hechos de la vida, en el seno de la vida… de una Palabra encarnada (la Palabra siempre está encarnada, porque el Verbo se hizo carne); solo esta oración nos permite percibir el mundo y nuestra **labor en él como si fueran parábolas del Reino de Dios** (A. Casati), ya que la doctrina —la vida— no puede existir sin misterio (GE, 41)
Nos permite creer que la resurrección de Cristo genera en todas partes gérmenes del mundo nuevo; y aunque sean cortados, vuelven a brotar, porque la resurrección del Señor ya ha impregnado el tejido de esta historia, porque Jesús no resucitó en vano.
La vida consagrada siempre se ha interpretado desde una perspectiva escatológica, como signo y anticipo del mundo futuro.
Desde esta perspectiva, me parece que los IS tienen realmente algo significativo que aportar, en la convicción de que el mundo futuro no será algo totalmente distinto de ese germen del Reino que ya se manifiesta y crece silenciosamente en la historia.
Preguntémonos, sin embargo**, si somos moribundos que esperan el final o si somos vivos que ya experimentamos la resurrección.** (D. Vitali)

Para concluir
No podemos dejar de reconocer que el camino de la encarnación es el camino de la fragilidad y la vulnerabilidad.

[23] MASSIRONI, *«Per una topología della gioia»,* op. cit.

Como IS, quizá estemos empezando a comprender que es necesario convivir con la vulnerabilidad y que esta es un don.
Para nosotros, esto puede suponer un paso existencial desde el concepto de perfección abstracta —la de quienes no muestran (ni deben mostrar) debilidades— hacia la conciencia de que somos personas humanas, hombres y mujeres pecadores, amados y salvados, que no podemos juzgar, sino que debemos poner nuestro corazón en contacto con el de los demás:
«En el fondo solo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o porque son inquebrantablemente fieles a cierto estilo católico…» (GE 49).

Para nosotros se trata de **volver siempre a Galilea** para encontrarnos con el Resucitado: Galilea, tierra de frontera, impura y mestiza, tierra de trabajo… y, sin embargo, tierra de la Encarnación, tierra de vocación, tierra del encuentro con el Resucitado.
Es en esta tierra donde se cumple la vida de un hombre como cualquier otro, que procede de la oscura aldea de Nazaret y se sienta a la mesa con los pecadores, acogiendo entre los suyos a las mujeres. ¿Será él el Mesías?
Aquí, en esta tierra de lo cotidiano, el corazón se ha abierto a lo infinito.
Aquí intuimos que solo la cercanía permite reconocer lo que el Espíritu ha sembrado y sigue sembrando los demás como un don para nosotros, para la Iglesia… ¿Es esta nuestra **obediencia** a la vida y, hoy, a la historia?
Aquí, lejos del templo, podemos aprender a discernir a Dios no solo en los lugares sagrados, sino también en la santidad en sus diversas manifestaciones.